

tal cosa y desde que salió de México en 1863 hasta que se estableció en Chihuahua, las operaciones militares que los Ministros de la guerra liberales dictaron, no tuvieron más objeto que proteger al Presidente y su comitiva. Por eso en la huida de éste [que no fué retirada] de Monterrey á Chihuahua, se sacrificó al Ejército y se abandonó todo el material de guerra reunido á tanto costo y sacrificios, con tal que Juárez no cayera en manos de los franceses. (1)

Lo cierto es que González Ortega, después de la protesta y manifiesto, permaneció en los Estados Unidos sin atreverse á pasar á territorio mexicano, pues no ignoraba la orden de prisión que había contra él y que después de permanecer algún tiempo en las orillas del Río Grande, regresó á Nueva York, donde se encontraba en Mayo de 1866, pues fué uno de los que firmaron la protesta contra los manejos de Don Antonio López de Santa Anna, que después de algunos años de ostracismo pretendía volver á figurar en la política de México.

Mas no por residir en el extranjero, Ortega dejaba de trabajar en favor de su causa, aunque sin energía, tanto porque comprendía que no era posible ni disculpable hacer la guerra directamente á Juárez, como porque carecía de personas de talento que supiesen sacarlo adelante en su empresa, sus partidarios en los Estados Unidos eran la mayoría soldados rudos é ignorantes, periodistas cuya fama era mayor que su mérito y uno que otro abogado metido en los breñales de la política [1], personas todas muy aptas para meter ruido por la prensa ó para batirse valientemente en un campo de batalla; pero enteramente inadecuadas para llevar á cabo un negocio que necesitaba prudencia, diplomacia y talento.

(1) La retirada de Juárez del Saltillo hasta Monclova fué una verdadera huida, debido á dos circunstancias: la primera que Quiroga entró al Saltillo en los momentos en que Juárez salía y acribilló á balazos el coche en que éste iba, y la segunda que habiendo volteado los franceses la posición de la Angostura, donde los esperaba el ejército republicano, Juárez no se consideró seguro en ninguna parte, de Rinconada, donde aún tenía tres mil hombres, se dirigió rápidamente á Ramos Arizpe, y luego á Mesillas, jornada en la que acabó al ejército, pues con tal de no detenerse se dejó que los soldados tirasen hasta sus lanzas; un largo reguero de despojos señaló esa huida hasta Monclova. De allí ya continuó la marcha á Chihuahua con menos precipitación, seguro de que los franceses no le seguían.

(2) Algunos de sus partidarios eran Don Francisco Zarco, periodista que desde San Luis había quedado disgustado con Juárez; D. Pantaleón Tovar, también periodista; Don Joaquín Vllalobos, los abogados D. Juan José Baz, D. Cipriano Robert,

D. Guillermo Prieto, el antiguo Ministro de Hacienda de Juárez, fué el único hombre de acción que por entonces encontraron á mano los orteguistas; desde San Antonio Béjar, cerca de la frontera, donde estaba radicado, pretendía tirar á Juárez por medio de cartas dirigidas á los amigos que tenía en México. Una de ellas, fechada el 6 de Mayo, es bastante curiosa por el paralelo que establecía entre Juárez y Ortega y por las apreciaciones que de ambos hace. Dice así:

“Imposible me parece no recibir carta de usted desde que tengo certeza que ha recibido á mi enviado, que tenía el único objeto cerca de usted de decirle que me escribiese.

“A su viejo de usted le he escrito mucho también, y no lo puedo creer melárchico y acobardado como tantos otros por el envenenamiento de la ambición de Juárez. Muchos me dicen que sus decretos de 8 de Noviembre próximo pasado han sido perfectamente recibidos, no me espanta, porque las circunstancias son tales, que todo es creíble, y porque es imposible que juzguen ustedes con conocimiento de causa.

“Primero, porque juzgan al héroe derrotado en el Borrego, etc., etc., en contraposición del héroe ensalzado por nosotros.

“En segundo lugar, porque se imaginan decir entre el que desertó del campo de la gloria para enfangarse en la prostitución y en el ridículo en Nueva York, y el varón firme de Horacio que expone hasta su gloria misma, hasta su honor y su conciencia por salvar la patria.

“En tercer lugar, porque creen que los jefes liberales todos siguen sin discrepancia á Juárez y con justicia temen un cambio cualquiera.

“Cuarto, porque juzgan que la política de Juárez, aun teniendo la arbitrariedad por norma y á Lerdo por intérprete, nos ha de traer bienes; y en todo se equivocan como lo va usted á ver:

“1o.—Nosotros no somos hombres de personas, y en el paralelo entre Juárez y Ortega resultarían cosas tales, que perderían los dos: exagerando las cosas se podría decir: el uno es

Dn. Rafael de Zayas, y los militares Dn. Felipe B. Berriozábal, Dn. Santiago Vicario, Dn. Epitacio Huerta, Dn. Gaspar Sánchez Ochoa, Dn. Pablo Rocha y Portú, Dn. Euclio Degollado, Dn. Francisco Paz, Dn. José Montesinos, Dn. Miguel Negrete, los Carbajal y otras personas como el Ingeniero Dn. Jesús Fuentes Muñiz, Dn. Francisco Ibarra Ramos, antiguo Gobernador de Puebla, etc.

loco, el otro muerto, busquemos siquiera los lucidos intervalos del uno, porque á los muertos es una obra de misericordia darles sepultura.

“Ortega no ha desertado del campo, como no desertó Doblado (1), ni Berriozábal, ni Alvarez, ni Peña Barragán, ni nadie. Ortega fué con *consentimiento* del Gobierno al extranjero, *consentimiento* y licencia sin taxativas, y Ortega no entró á la República, aunque volvió á tiempo, porque no quiso entrar á que le fusilasen por la espalda como á traidor.

“En cuanto á los jefes liberales que tienen fuerza, nadie recibe sino una que otra bula de indulgencias cada año, pero aun en lo dicho hay mucho que atender. Canales, que es la fuerza más respetable de esta frontera, sigue á Ortega y lo proclama de voz en cuello, lo mismo Aureliano. Lo propio plácido Vega, y Huerta, y Patoni, y Quezada, y Negrete, y Tapia, y Gómez, y otros muchos, no exceptuándose ni aun Cortina, que, rompiendo con el más profundo desprecio el título que le envió Juárez, se sometió á Garza que, no es juarista ni puede serlo, estando declarado traidor por Juárez.

Usted ve que así introducida la discordia, proclamando así el escándalo en los Estados Unidos y en el mundo, en grande descrédito en la opinión, etc., etc., justicia y mucha tuvimos los que, apoyados en la ley, reprobamos el atentado de Juárez. En cuanto á la política del Rector de San Ildefonso (2), ha estribado en estos dos puntos: odio á los liberales, transacción absoluta con los traidores.....

Yo no quiero en manera alguna que se exalte á Ortega, ni que se distraiga con un motín ó con dos gobiernos los ojos de la campaña; con todo lo expuesto, es necesario apoyar á todos los que luchan y unirnos á ellos con todas nuestras fuerzas y ensalzarlos, retractándonos de nuestros errores si nos equivocamos en nuestros juicios. Pero así como digo esto, los hombres como usted, en reserva como aquí lo hacemos, debemos estar al tanto de la verdad de las cosas y formar núcleo inteligente y progresista y sin jesuitas, porque nos perdemos.

[1] En aquellas fechas ya había muerto Doblado.

[2] Con ese título se designaba á Lerdo de Tejada, que había desempeñado ese cargo durante algunos años.

En cuanto á Ortega, su afán es ir á luchar y desmentir con sus hechos las calumnias. Yo, bien sea porque pueda enviar mi familia, bien porque dé garantía á algún lugar cercano, mi anhelo es seguir viviendo como pueda, sea con Naranjo ó con Canales, ó con cualquiera, sin cuidarme de los presidentes, pensando solo en guerra á muerte á franceses y traidores.....
GUILLERMO PRIETO”

Otra carta, dirigida á Dn. Juan Mateos, residente en México y servidor del Imperio, también daba á conocer la ninguna organización que tenían los orteguistas. Héla aquí:

“Conociendo á usted y sus elevados sentimientos, el señor General Ortega me encarga le escriba á usted para que represente su persona en esa ciudad para fuera de México.

“El General, unido á los Sres. Huerta, Negrete, Patoni, Berriozábal y otros patriotas, aparecerán en la República con excelentes elementos para comunicar la actividad debida á las operaciones, y para que tengan á la vez una representación netta y legal nuestros principios.

“Después del Golpe de Estado pensaba permanecer en la obscuridad más absoluta; pero la alianza de Santa Anna con Juárez me ha sacado de mi propósito y puesto en contacto con el señor Ortega. Creo que los propósitos de éste son combatir sin detenerse en cuestiones de mando ni mucho menos hacer armas contra los nuestros que luchan aun cuando invoquen el nombre de Juárez. Así, pues, cabe en los acrisolados sentimientos patrióticos de usted la representación del Sr. Ortega, á quien puede dirigirse sin otra formalidad, ó por mi medio.

“Como la fuerza americana que está á nuestras órdenes no ha podido proveerse de lo que necesitaba, se ha demorado hasta hoy el Sr. Ortega; pero tengo fé en que se recuperará el tiempo perdido.

“Comience usted, pues, sus trabajos; escriba según lo que diga á usted N....., á quien doy otro encargo y de él infórmese sobre el modo de dirigirme sus letras.”

Era raro eso de que la unión de Juárez y Santa Anna había determinado á Ortega á asumir una actitud resuelta y que sin embargo, no se trataba de combatir al primero; pero todo ello no indica sino, como ya lo hemos dicho, la falta de iniciativa de González Ortega y de sus partidarios. Por lo demás,

nunca hubo, no digamos alianza, pero ni siquiera una inteligencia entre Juárez y Santa Anna, no obstante que éste la buscó.

XVIII.

González Ortega, en unión de las personas que lo acompañaban en su viaje de Nueva Orleans á Brazos de Santiago, estuvo preso algunos días, recibiendo por cierto un trato no muy digno de parte de los soldados norteamericanos que lo habían capturado. Como no eran unos criminales del orden común, ni unos enemigos de los Estados Unidos, éstos, en último caso no tenían más derecho que el de impedirles que atravesaran la línea fronteriza; pero no encerrarlos en una prisión húmeda y malsana como lo hicieron, ni darles malos alimentos, ni someterlos, á él y á sus compañeros, á duros tratamientos como si se tratara de criminales vulgares.

Pero para mengua del decoro de la nación norteamericana así lo hicieron, y en vano fué que González Ortega, al saber que estaba en Brazos el General Sedgwich, jefe de las fuerzas de los Estados Unidos en la frontera, pretendiese verlo para protestar ante él del atropello de que había sido víctima y reclamar por el indigno trato que recibían los presos. Sedgwich, que no era ni con mucho un hombre medianamente educado y que veía á los mexicanos con el mayor desprecio, como lo acredita la ocupación arbitraria que hizo de Matamoros cuando los escándalos que promovió Canales, se negó á recibir al general mexicano y tornó á su cuartel general sin preocuparse de mejorar la condición material de González Ortega y de sus compañeros.

Este publicó el 10 de Noviembre una nueva protesta contra esos malos tratamientos y contra la rigurosa incomunicación que sufría, refiriendo en aquella que se le había privado hasta de los muebles más indispensables; que se les daba el rancho de los soldados, y que la cama y colchones dedicados á ellos eran del Hospital de Brownsville, etc.

Esta protesta produjo algún más efecto que la anterior y, llegaj da á conocimiento de las superiores autoridades norteamericanas sirvió para que Ortega y sus compañeros fuesen tratados con menos rigor, se les levantase la incomunicación y tuviesen alimen-

tos, ropa y consideraciones más en armonía con la clase á que pertenecía. Pero su detención duró todavía algunos días, no obstante las activas gestiones que para que quedaran en libertad hacían sus amigos y partidarios cerca del Gobierno de Washington, ante el cual Romero también gestionaba para que la encarcelación de Ortega y de sus partidarios durase el mayor tiempo posible, obedeciendo en esto á las instrucciones que á aquél enviaban Juárez y Lerdo de Tejada. Sin embargo, esa detención ya no podía prolongarse por mucho tiempo, y al fin llegó el día, á fines de Diciembre de 1866, en que recobraron los presos su libertad.

Entre tanto, los acontecimientos se precipitaban en México y los juaristas, adquiriendo preponderancia en diversas regiones del país, á causa de la retirada que por todas partes empezaron á hacer las tropas francesas para concentrarse en determinados puntos y escalonarse en el camino de Veracruz. El ejército juarista de la frontera habíase ya formado y armado con buen armamento y con el nombre de Ejército del Norte, dejaba las orillas del Río Bravo y se dirigía á San Luis Potosí; el llamado del Centro, empezaba á tener cohesión y ocupaba á Guadalajara, y el de Oriente era dueño del Sur del país y de Oaxaca y los tres de consuno marchaban al centro. En estas circunstancias un pretendiente sin soldados ni recursos para disputar el poder á su competidor más afortunado que él, no era un enemigo temible al que hubiera necesidad de tener á buen recaudo; por estas razones González Ortega y sus acompañantes fueron puestos en libertad.

Desde luego pensó dirigirse á México, escogiendo para internarse la frontera de Tamaulipas, comarca que desde veinte años atrás, y especialmente entonces, nunca había disfrutado de paz y si vivido en eternas revueltas por causa de los agitadores que se disputaban el poder y que encontraban elementos y asilo tanto en el lado mexicano como en el norteamericano. En esa frontera contaba con algunos partidarios González Ortega, y ellos lo ayudaron para que cruzara el río y se dirigiera á Zacatecas, á donde llegó en la primera quincena de Enero de 1867, año famoso en nuestros anales por los memorables sucesos ocurridos en México durante él. (1)

(1) Un descuido hizo que quedara en la página 308 la inexactitud de que González Ortega regresó á México cuando ya había caído el Imperio y hecha la elección presidencial.

Por entonces Juárez había dejado la lejana ciudad de Chihuahua y se había ido acercando al interior del país hasta fijar su residencia en Durango, población que también estaba á punto de abandonar para establecerse en Zacatecas, ciudad situada ya casi en el centro del país, abundante en recursos de todas clases y que tenía relativamente vías fáciles de comunicación con las demás poblaciones importantes del interior. Los dos pretendientes á la suprema magistratura se iban á encontrar nuevamente en Zacatecas como antagonistas después de haberse separado catorce meses antes en Chihuahua muy poco satisfechos uno del otro.

González Ortega se dirigió de preferencia á Zacatecas por ser su Estado natal y disfrutar allí de mucha influencia á causa de conocer á casi á todos los hombres principales de él, y de haber sido gobernador constitucional de él y aún poder decir que lo era por entonces, pues como por la guerra no se habían hecho las elecciones, podía alegar para conservar ese puesto los mismos títulos que Juárez alegaba para el de Presidente de la República. Mediando estas circunstancias, creía fácil encontrar desde luego partidarios que le ayudasen en la lucha que, si encontraba oportunidad, iba á emprender contra D. Benito Juárez, y aún es indudable que abrigaba la remota esperanza de que se le reconociese como gobernador del Estado. Era entonces Comandante militar de Zacatecas el abogado hecho general durante la guerra de la Reforma, Don Miguel Auza, amigo de González Ortega y su antiguo compañero de armas durante esa guerra. Esta circunstancia la creyó favorable el Presidente de la Corte, y apenas llegado á Zacatecas, se apresuró á enviarle un oficio en el que le daba noticia de su llegada.

Le decía, además, Ortega, que su objeto no era trastornar el orden público de una manera imprudente, ya atrayéndose algunas fuerzas adictas al orden constitucional por sólo la causa que oficialmente representaba, ó ya echando mano de cualquiera otro medio revolucionario, porque quería evitar, hasta donde humanamente le fuera posible, el derramamiento de sangre entre fuerzas liberales. Agregaba, por último, que el objeto que le había llevado á Zacatecas era el de pedirle al mismo general Auza, en nombre de la ley, "que le diese todo el apoyo físico y moral del Estado de Zacatecas," tanto para salvar la

independencia nacional como la Constitución de 1857, barrenada ostensiblemente en una de sus partes más esenciales, que es su inviolabilidad; pero destruída en el fondo al crearse una autoridad revolucionaria por el golpe de Estado de 8 de Noviembre de 1865, tan hábil como simuladamente fraguado y ejecutado en el Paso del Norte.

En esta comunicación se revela una vez más el carácter de González Ortega; por una parte protesta no querer dividir á los liberales y por otra invitaba á Auza á que falte á su deber uniéndose á él para salvar la Constitución de 1857 y la independencia nacional que nunca había estado comprometida y que aunque lo hubiera estado, ya por entonces estaba salvada gracias á la retirada que los franceses habían efectuado hacia la capital. Además, eso de pedir apoyo físico el que hablaba con tanta arrogancia, era de un efecto deplorable en esas circunstancias, pues servía de confesión de que se había equivocado respecto de los zacatecanos, que suponía le seguirían en masa al saber que estaba en el territorio del Estado y que en realidad ningún caso habían hecho de él.

Este oficio ninguna influencia ejerció en el ánimo del General Auza, el cual, aunque comprendiera la razón que asistía á González Ortega para reclamar la presidencia, comprendía también que no eran aquellos momentos los de fomentar la desunión de los republicanos, y meterse á discutir y resolver cuestiones de legitimidad cuando aún estaban en lucha por el género de instituciones para México, los dos partidos que existían entonces. Además González Ortega estaba sin ejército, rodeado de unos cuantos amigos y carecía de medios para hacer respetar esa legitimidad que reclamaba.

La actitud de Auza, pues, no era dudosa; por una parte contestó el oficio de González Ortega diciéndole que reconocía en todas sus partes la legitimidad de los títulos con que se presentaba en Zacatecas, los que eran con los que lo había revestido la nación; pero que no obstante esto, no podía acceder á la petición que le hacía de ayudarlo á salvar la Constitución, porque equivaldría á encender la guerra entre los republicanos y debilitarlos, facilitando así el triunfo de los partidarios del Imperio. Al mismo tiempo que entretenía á Ortega con esta respuesta, por correo extraordinario daba Auza aviso á Juárez de

la llegada de aquel pidiéndole instrucciones acerca de la conducta que debía seguir con el pretendiente que de tan inopinada manera se presentaba.

Juárez por un momento se vió presa del pánico y llegó á figurarse que Ortega iba á triunfar de él; á esta creencia ayudaba la circunstancia de que á pesar de los decretos de proscripción que contra éste había dictado, se lo encontraba en el centro del país, en su Estado natal y tal vez rodeado de partidarios y próximo á hacerse de los recursos que Zacatecas le podía proporcionar; llegó á dudar hasta de la lealtad de Auza.

Sin embargo, ordenó á este que aprehendiese á Ortega y á sus acompañantes, sin dilación alguna y como providencia precautoria, hizo que se adelantasen rápidamente algunas de las fuerzas que lo acompañaban, para que en caso de necesidad ayudasen á sofocar cualquier movimiento que se iniciase en Zacatecas. No llegó la cosa á ese extremo, pues Auza obrando con actividad, en cuanto recibió la orden aprehendió, el día 3 de Enero de 1867 á González Ortega en unión de todos sus acompañantes, uno de los cuales era el general D. José María Patoni, gobernador constitucional del Estado de Durango, en aquel entonces y que por seguir á Ortega no había ocupado su puesto al retirarse del Estado de Durango las fuerzas francesas.

González Ortega destinado á pasarse la vida protestando, protestó una vez más contra el atentado de que era objeto, alegando su carácter constitucional; pero ésta nueva protesta tuvo tan poco efecto como las anteriores que había hecho.

Entre tanto, un acontecimiento inesperado en poco estuvo que cambiara por completo la faz de los acontecimientos que se desarrollaban en la República, entregando juntos á los imperialistas á los dos pretendientes republicanos, con lo que la abatida causa del Imperio habría ganado mucho, la de D. Benito Juárez habríase visto perdida para siempre en los momentos que se creía que definitivamente iba á triunfar y las cosas habrían pasado de muy distinta manera de como pasaron aún cuando la república hubiera al fin prevalecido como era lo más probable.

Juárez se dirigió á Zacatecas á pocos días de la prisión de Ortega pues le urgía estar en el lugar de los acontecimientos, y llegó el día 22 de ese mismo mes de Enero, en unión de sus mi-

nistros y de su comitiva, que como señal de prosperidad, ya se iba aumentando; no bien se había instalado y empezado á dictar sus disposiciones, cuando el día 27, el general imperialista Dn. Miguel Miramón que tentaba hacer un supremo esfuerzo y que había emprendido una de aquellas atrevidas y repentinas marchas que tanto le distinguían, se presentó inopinadamente frente á la ciudad, atacándola y apoderándose de ella en pocas horas; toda la artillería de los republicanos cayó en su poder y el ejército de estos se desorganizó enteramente por la persecución que le hizo en un trayecto de tres leguas en que capturó numerosos prisioneros.

Juárez, que no esperaba la eventualidad de que los imperiales estuviesen tan próximos, al saber la llegada de Miramón hizo enganchar violentamente su coche y á los primeros tiros ya corría á toda la velocidad que las mulas podían alcanzar, en dirección á Jerez; él tomó el rumbo del Norte, y se adelantó tanto que dejó atrás á los primeros dispersos de la batalla, y al tener noticia de la pérdida de Zacatecas, siguió su huida hasta Fresnillo donde tuvo que detenerse por no serle ya materialmente posible caminar más. (1) González Ortega que quedó en libertad, pues sus aprehensores habían sido derrotados y huían, también consiguió escapar de caer en poder de Miramón.

Aquel día debieron haber terminado las pretensiones á la presidencia de los dos rivales; y prisioneros ambos y disuelta

(1) Un año después de escrito este capítulo y el anterior, se publicó en "EL IMPARCIAL" un remitido rectificando el dicho del cochero y conductor, que afirmó que él había puesto en salvo á Juárez y sus ministros, gracias á la velocidad con que los sacó de Zacatecas; se decía, además, que estos salieron por el camino de Fresnillo y el coche fué á parar á Jerez; que Juárez estuvo con mucha calma en el palacio de Gobierno hasta que Auza le avisó la derrota; entonces montó en el caballo "Relámpago," Dn. Sebastián Lerdo en el "Monarca" y Dn. José María Iglesias en el "Vapor;" los tres caballos eran de la propiedad del General Dn. Ignacio Mejía, que los tenía preparados para cualquiera eventualidad; Juárez salió no precipitadamente, sino al tranco acostumbrado de su cabalgadura.

Dejamos al lector que resuelva si la salida se hizo á un paso moderado ó á la mayor velocidad que la inexperiencia de los ginetes y la inminencia del peligro que corrían les permitía. Miramón tenía interés en apoderarse del Directorio republicano, y éste tenía interés en no dejarse alcanzar: digan los lectores si dados estos dos intereses tan opuestos, y que Juárez y sus compañeros apreciaban en toda su magnitud, irían al paso; su interés les impelía á correr con la mayor velocidad posible. Lo del coche enviado por el camino de Jerez parece, más que una equivocación, un ardid.